

CONCURSO LITERARIO CORREN LAS PALABRAS

“LA IMAGINACIÓN, ES UNA COSECHA ANTES DE LA SIEMBRA. LA RAZÓN, ES LA IMAGINACIÓN QUE SE HA VUELTO RANCIA” (SAINT-POL ROUX)

Las salas están cargadas de tradición, se ven en las colleras de un profesor, en las bancas, en los textos y por sobre todo en nuestro lenguaje. Hasta el punto de enorgullecernos de que la razón es el estandarte de nuestra comunidad. Por estas salas transitaron grandes personalidades del universo lírico, y por causa de su peculiar característica, unos se quedaron para aborrecerlas o venerarlas, otros escaparon para no volver jamás.

Sea cual fuere la voluntad de estos gigantes, no dejan de ser piedras de mármol fundantes que sustentan el edificio y a nosotros. Y los estudiantes hoy, también hacen el esfuerzo de correr de esta mole para salvarse o correr hacia ella para cobijarse, y esperamos este concurso los ayude en su cometido.

Estas breves palabras son un extracto del discurso inaugural del I Concurso Literario Corren Las Palabras, vocalizado por Omar Astorga Báez uno de los organizadores de este certamen, el día miércoles 15 de diciembre de 2010 durante la ceremonia de premiación.

Esta iniciativa, surge a principios de 2010 cuando un grupo de estudiantes de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile junto al decidido patrocinio de la directiva de la Revista Estudiantil *Derecho y Humanidades*, tuvo el propósito de generar instancias de creación literaria que permitieran difundir la creatividad estudiantil. Asimismo, se buscó incentivar a jóvenes estudiantes de pregrado con ansias de incursionar y desarrollarse en la literatura local. A partir del mes de junio de ese año, se abrió la convocatoria a estudiantes de todas las universidades del país, para que participaran de las categorías: Cuento, Poesía y Ensayo, siendo solo las dos primeras quiénes tuvieron premiación.

El jurado estuvo compuesto por destacados intelectuales a nivel nacional. La categoría de cuentos fue integrada por: *Pedro Gandolfo*; abogado y académico de la Universidad Diego Portales, redactor, columnista y crítico literario de El Mercurio. *Armando Roa*; poeta, traductor y ensayista. Abogado, Universidad Diego Portales, ganador del Premio Pablo Neruda el año 2002 y *Ana María Larráin*; autora de antologías poéticas y crítica literaria. Mientras que el jurado de Poesía fue integrado por: *Hernán Montealegre*; escritor, abogado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, docente de Derecho, ex director del Colegio de Abogados de Chile y

ex cónsul de Chile en Londres, Inglaterra; *Cristóbal Joannon*; Licenciado en Filosofía y Periodismo UC, Master of Arts en Teoría de la Argumentación. Universidad de Amsterdam, escritor y docente de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile y *Roberto Aedo*; Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica y Magister en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile, docente de la Universidad del Desarrollo y de Facultad de Derecho de la Universidad de Chile.

Para la difusión del certamen se realizaron diversas actividades, entre ellas cabe destacar la “Lluvia de Palabras” que se llevó a cabo en las dependencias de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Quiénes estuvieron allí presenciaron como cientos de pequeños trozos de papel caían desde el cielo... no pocos alzaron sus manos para conseguir algún mensaje con palabras escurridizas, cuyo propósito era cautivar a diversos estudiantes para participar de esta iniciativa. Fruto de la extensión realizada en diversos medios, recibimos más de 60 escritos literarios de jóvenes de diversas universidades del país.

No queda más que agradecer a quiénes nos brindaron su apoyo, personas e instituciones, que sin su ayuda el proyecto no podría haberse concretado. Es por esto que agradecemos a las autoridades de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, Sr. Decano Roberto Nahum Anuch, Sr. Director de Escuela Álvaro Fuentealba y el Sr. Director de Asunto Estudiantil Miguel González Lemus por su decidido apoyo y entusiasta disposición. Asimismo, extendemos nuestros agradecimientos a los auspiciadores del concurso: Fondo de Cultura Económica, Editorial LOM y a Feria Chilena de Libro quiénes colaboraron con los premios otorgados a los ganadores del Concurso y en la difusión del mismo. Finalmente, damos las gracias especialmente a Teresa Matte y a Joaquín Trujillo quiénes realizaron los contactos con los miembros del jurado brindando su apoyo y colaboración en esta instancia; a Diego Barrera –miembro de la revista *Derecho y Humanidades*– quién participó en la planificación de esta actividad y a Pía Muñoz, integrante de la publicación estudiantil, quién siempre tuvo la mayor disposición en la realización de las gestiones que conllevaron realizar la primera versión de este concurso literario.

Esperamos que dediquen especial atención a las creaciones que se presentarán a continuación y los incentivamos a que *¡corran las palabras!*...

Omar Astorga Báez
Sebastián Soto Caviedes
Clemente Winn Vergara

Comisión Organizadora. I Concurso Corren Las Palabras.
Revista Estudiantil Derecho y Humanidades

UNA EXPLICACIÓN CASUÍSTICA

POR VÍCTOR SOTO MARTÍNEZ*

El profesor nos empezó a explicar el delito de violación:

-¿Cuál es el verbo rector en el delito de violación? ¿Alguien podría decírmelo?- preguntó al curso entero, con ese ademán tan propio de los profesores de derecho, con la ceja izquierda levemente arqueada, haciendo gala de una notoria suficiencia.

-¿Qué es lo que configura el delito? ¿Alguien? –insistió, hasta que una mano tímida se alzó entre nosotros.

-Acceder carnalmente. La accesión carnal es lo que configura el tipo –dijo el compañero con una voz aún más temblorosa que su mano.

-Bien. ¿Lo comprenden los demás? –preguntó el profesor y algunas voces se animaron a responder, con desgano, que sí.

-Pero –añadió el profesor con un poco de malicia– ¿entienden qué es lo que implica acceder carnalmente a alguien, por vía vaginal, anal o bucal? ¿Cómo se denomina ese acto en la jerga común?

-¿Se denomina penetración? –preguntó una voz anónima.

-¡Muy bien! Sin embargo, quedan dudas. Por ejemplo, ¿podría haber violación frustrada? ¿Existe la tentativa de violación? Más aún, ¿qué pasa con los partícipes de una violación que no llegan a acceder carnalmente a la víctima?

Eran muchas las preguntas y poca la capacidad de entendimiento. Fueron un par de compañeras las que reclamaron la necesidad de una explicación más *gráfica*. Un explicación, si se quiere, casuística.

-No suelo hacer esto, pero ante la complejidad del tema, me parece que será *absolutamente* necesario- dijo el profesor con alguna dificultad. Entonces hizo un par de gestos que no comprendí y lanzó un prolongado bufido. Luego, pidió un par de voluntarios. Se pararon inmedia-

* Ganador de la categoría Cuentos del I Concurso Literario Corren Las Palabras. Egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Correo electrónico: victorsm13@hotmail.com.

tamente dos compañeros, a quienes el profesor les susurró algo al oído. En un punto, todo en la clase fue silencio. En ese preciso momento de calma, los dos voluntarios se abalanzaron sobre una alumna (bastante bonita, cabello rubio, tez blanca, nariz pequeña, claramente de familia acomodada), la cual lanzó un grito que casi nos lleva el alma, tras lo cual los alumnos intentaron taponarle la boca con dificultad. Había en la violencia de la escena cierta torpeza, cierta dureza encantadora. El profesor les gritó que fueran hombrecitos y pusieran rápidamente a la alumna contra el banco.

-Por favor, señores, más pulcritud. Las manos estiradas sobre la mesa, al igual que el mentón. Esto no debería tomarnos más de diez minutos. Cómo pueden apreciar, la señorita M... me ha facilitado bastante el trabajo, ya que ha venido hoy día con minifalda (risas). Así que nos saltaremos un par de explicaciones (más risas).

Luego, el profesor ordenó a un compañero de gran estatura que se pusiera en la puerta a vigilar que no viniera nadie. “Y si viene alguien, lo inmovilizas hasta que termine el procedimiento, ¿me oíste?”

-Bien: –dijo el profesor, mientras agarraba a la alumna del cabello con cierta dureza, lo que suscitó algunos comentarios negativos: ya conocen la indignación afectada de ciertos elementos “progresistas” de nuestro alumnado- la víctima está siendo sostenida por dos hombres, y tenemos a un tercero vigilando la entrada. Sin embargo, el que realizará la accesión carnal seré yo.

La alumna –a quien le habían metido un paño en la boca para evitar los gritos– intentaba mirarnos con desesperación. Sus ojos estaban llorosos y su rostro completamente rojo. La mayoría de nosotros tomaba nota con minuciosidad. El estudio del derecho penal suele ser en exceso teórico, y muchos, incluida la alumna sometida, se lo señalamos al profesor en clases anteriores. Rara vez se pueden analizar estas cuestiones en la práctica.

-Ahora bien –dijo el profesor, mientras acariciaba a la alumna, quien ya apenas forcejeaba– aquí se suscita el primer problema. Si yo en este momento me arrepiento de violar a la señorita, ¿se configura de todas formas la tentativa? ¿O tenemos un desistimiento en la acción?

Se armó un pequeño debate, que al final fue dirimido por el mismo profesor, mientras le bajaba los calzones a nuestra compañera. Ésta intentó gritar, forcejeó, pero el profesor le puso un manotazo certero. Luego, palmoteó –no sin cierto cariño- el culo de la alumna, y se bajó los pantalones. Estaba completamente excitado, pero su rostro seguía inmovible.

-Procederé a la accesión. ¿Alguna pregunta? ¿No? ¿Bien!

Sin mayores contemplaciones, la penetró. Yo pensé que sería más duro, pero el hombre aplicó una suavidad conmovedora. Incluso, entreveíamos en sus ojos cierta ternura. La alumna forcejeó –su cuerpo parecía torcerse completamente– e intentó gritar. Las lágrimas caían de sus ojos.

-Ya, tranquila, se trata de un ejemplo necesario. A usted también le servirá –dijo palmoteándole la cabeza- Ahora bien –se dirigió a nosotros– ¿les parece que puede existir una violación frustrada?

Una compañera levantó decididamente la mano.

-La frustración implica que el sujeto intente por todos los medios conseguir la realización del delito, pero que no pueda hacerlo por circunstancias que escapan a su voluntad. Sin embargo, a mí me parece que la violación se configura netamente por la penetración. Una vez penetrada la víctima ya no puede haber un delito frustrado... Yo creo que la única forma de acceso carnal sin penetración completa podría ser la clásica “puntita”.

Todos se rieron profusamente y empezaron a bromear con la declaración de la compañera. Todos, menos el profesor, quien estaba concentrado en su explicación.

-Disculpen mi demora, –dijo con voz irónica– ya que no es usual que la víctima esté adecuadamente lubricada en estos casos.

Las risas se sucedían infatigables. En esos momentos el profesor empezó a embestir con más fuerza a la compañera– cuyos gritos, a pesar del pañuelo en la boca- eran cada vez más audibles.

-Tranquila: –le decía el profesor al oído- si la violación es inminente, relájese y disfrute (carcajadas).

-Lo que están presenciando –continuó el profesor– es una penetración vaginal. En esta posición, sin embargo, también sería factible la penetración anal, que se ve, como pueden apreciar los de la primera fila, bastante apetecible. Incluso, se me ocurre, algún alumno podría penetrar a la víctima bucalmente, *al mismo tiempo*.

Alguno hizo el amago de pararse, pero el profesor hizo con su mano derecha un gesto de negativa. Luego, con la misma mano empezó a acariciar el clítoris de la alumna.

-Bien –dijo luego– conviene que repasemos el tema de la autoría y participación. Yo, claramente... soy el autor –su voz sonaba entrecortada, mientras embestía a la alumna, la cual empezó a gemir de una forma notoria. No parecía convencida aún del experimento; se agitaba más de la cuenta, sufría. Este factor subjetivo del delito me hizo pensar en Tomás de Aquino y en los escolásticos.

-¿Qué pasa con los señores que la sostienen? –cuestionó el profesor– ¿Son autores?

Se formó un breve debate. Mientras discutíamos, el profesor agarraba a la compañera del pelo, con fuerza. De pronto, agarró su rostro, y la obligó a mirarlo mientras la penetraba. Ella lo miró con turbación.

-¡Señor S...! ¡Lea el artículo 16 del Código Penal!

Mientras se procedía a leer esa liturgia, el profesor cerró los ojos, como si repasara la legislación mentalmente. Estaba realmente concentrado. Empezó a proferir unos leves gemidos, su respiración se sentía entrecortada. Noté algunas compañeras bastante entusiasmadas de lo que veían.

-¿Cuál es la... conclusión? ¿El sujeto de la puerta es autor o cómplice?

Entonces, mientras un alumno contestaba con el Código en la mano, el profesor reprimió un grito, al igual que la compañera sometida. Le dijo algunas cosas obscenas con cierta suavidad, mientras agarraba con fuerza su culo. En cuestión de segundos, lanzó un nuevo grito y la embistió por última vez.

No fue la primera vez que el curso entero aplaudió a rabiar el desempeño del maestro. En ese preciso momento sonó el timbre y todos –incluida la compañera que demostró tan *perfectamente* el delito– tuvimos que volver a nuestra cotidianeidad. Con una pequeña salvedad: habíamos ganado en sabiduría.

LA SILLA MUSICAL

POR NICOLÁS LAZO JEREZ*

QUERIDA Y RESPETADA Pupila: Qué quiere que le diga, me tiene preocupado. El lunes en la tarde, a la salida de su clase de historia y arte medieval, subí al segundo piso para encontrarme con usted y tal vez conversar un rato. No pretendía quitarle mucho tiempo: tengo muy presente que, quedando apenas un par de semanas para terminar, usted y sus compañeros deben estar llenos de documentos por leer, pruebas por rendir y ensayos por escribir a última hora. Por eso, mi intención era apenas cruzar un par de palabras, preguntarle cómo va la vida, saber cómo le ha ido, qué sé yo. Como siempre hago, salí del ascensor en dirección a la oficina de Raúl con cara de funcionario, fingiendo estar sumido en mi ya rutinaria actividad. Justo en ese momento, su curso venía por el pasillo desde la sala veintitrés. Con gesto en apariencia distraído, busqué entre el grupo y la encontré. Usted, Pupila, venía entre dos amigas, mirando hacia el suelo y diciéndose en voz baja quién sabe qué. ¿No me vio? Tengo la certeza de que, un segundo antes de reconocerla, desvió la mirada de donde yo me hallaba y se fijó en sus zapatillas –creo que eran las blancas. ¿Me estaba evitando de esa manera que usted llama elegante, a fin de que los demás no nos vieran juntos de nuevo?

Permítame repetirle lo que hablamos a principios de semestre, aquella noche en que fuimos al Cirque du Soleil y luego la invité al restorán de Ricardo: yo la entiendo, créame que sí. Entiendo que le dé vergüenza todo esto, entiendo su molestia cuando nos ven demasiado rato sentados tomando café en el patio de casa central, y luego, en la clase, le hacen señas y bromas ante mi sola presencia. Entiendo, insisto, y estoy dispuesto a mejorar todavía más mis despliegues actorales con tal de que no sigan sospechando lo nuestro. Incluso le sugiero que nos veamos sólo fuera de horario, los fines de semana y cosas así. Sin embargo, todo esto no le da derecho a comportarse de esa manera, haciendo gala de una inmadurez que, supuse, ya había superado. ¿Por qué no me contesta? Desde el lunes hasta ahora, la he llamado exactamente sesentaidós veces al celular y siempre oigo la misma cantaleta maldita: usted será transferido a un buzón de mensajes.

Detesto profundamente la victimización, se lo he comentado a menudo. Aun así, no puedo sino dejar constancia de que estos días han sido para mí muy tristes. Es más: algunos

* Mención honrosa categoría Cuentos del I Concurso Literario Corren Las Palabras. Estudiante de Licenciatura en Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado. Correo electrónico: nicolas.lazo.jerez@gmail.com.

alumnos me han hecho saber, no sin cierto dejo de inquietud, que mis últimas clases no han sido todo lo estimulantes, lúcidas y divertidas que suelen ser. Me siento apagado. Se lo digo sin rodeos: la extraño. He pensado durante buena parte del día en ese hermoso par de ojos oscuros por los cuales la llamo de la forma en que la llamo. Ni siquiera la he visto pasar acompañada de sus amigas por la calle de entrada, o en el casino, o en la biblioteca del primer piso, o en la salida del metro. ¿Está enferma? ¿Anda de viaje? ¿Está enojada conmigo? Si es por Lucero, ya se lo he dicho muchas veces: hasta un carro de supermercado me resulta más sensual que ese vejeterio. Y si es por la nota del informe número seis, ¿qué quería que hiciera? La respuesta uno carece por completo de una tesis distinguible, y a la pregunta cuatro usted ni siquiera respondió. Lo mismo que ahora hace conmigo.

Además, dejando de lado mis recriminaciones, me ha ocurrido algo en extremo singular que quiero referirle –hubiera preferido contárselo personalmente, pero en fin, lo hago aquí dada su renuencia a darme bola. Se trata de un suceso tan extraño que, siendo sincero, su recuerdo de vez en cuando ha reemplazado a la imagen de usted dentro de mi pensamiento. El miércoles, luego de concluir, muy a mi pesar, que no vería a mi Pupila durante la tarde, fui otra vez al restorán de Ricardo. Como es costumbre, el gato Juanito –¿recuerda al mozo que usaba un bigote de Dalí?– me sirvió todo lo que quise a cuenta de la casa, aunque traté de molestar lo menos posible, ya que el local estaba, como nunca, abarrotado de parroquianos. Mientras comía el plato de fondo –arrocito arvejado con carne al jugo–, un hombre joven se paró al lado mío, apoyándose con el hombro en la pared y dándome la espalda. Por su aspecto me recordaba a Lira, mi excéntrico aunque eficiente ayudante en el curso de literatura moderna, e incluso habría pensado que era él gastándose una joda si no fuera porque lo conozco y sé que es un tipo serio que, para despejar toda duda, se encontraba en ese minuto hablando con el coordinador académico acerca de un ofrecimiento laboral dentro de la facultad –me lo contó esta mañana, mientras redactábamos juntos el control del lunes que viene.

No era muy agradable tener al desconocido tanto rato ahí, pero supuse que estaba esperando el baño o algo por el estilo. Sin moverse de su puesto, intercambié un par de frases con el gato Juanito, y cuando este último por fin se me acercó para tomar nota de mi bajativo, no pude evitar preguntarle quién demonios era ese ocioso que, en lugar de almorzar y luego pagar sus comistrajos, se quedaba ahí paradote como aguardando el retorno de la democracia. “Viene a lo que todo mundo”, se limitó a replicarme el gato, “es sólo que quiere ocupar tu mesa. Don Ricardo me mandó no espantarlo, dijo Ya era hora que llegaran comensales”. Se encogió de hombros y, acto seguido, caminó hasta la cocina, sin anotar, el muy estúpido, que no se me antojaba nada más.

Incómodo, consulté la hora y resolví marcharme de inmediato. El restorán atestado en toda su capacidad, al punto de haber personas esperando ahí mismo una mesa desocupada, me produjo en ese momento una especial irritación que no hizo sino sumarse al abatimiento que me dominaba por no saber nada de usted. Ya en la facultad, mis planes consistían en fu-

marme un cigarro y descansar hasta el módulo de las cuatro y media, que me toca con los de pedagogía. No obstante, fue imposible dar con un sitio donde estar con relativo sosiego. Sobre el pasto, en las bancas y en las mesitas frente al local de la tía Lidia, en todas partes había niñas y muchachos metiendo bullicio. ¿De dónde sale tanto cabro? Más acá, unos alumnos de derecho se paseaban de terno y corbata, comentando a viva voz la prueba solemne que acababan de rendir. Luego, unos diez minutos antes del inicio de mi clase, me dirigí a la sala y a que no adivina con lo que me encontré: ni un estudiante por ningún lado. Nadie llegó siquiera a dar una explicación. O alguien del departamento había suspendido la hora sin darme aviso o, cosa más probable, entre los alumnos se habían puesto de acuerdo para faltar. Los muy vagonetas.

Las que le he contado hasta ahora, mi Pupila, parecen suficientes rarezas en una sola jornada, pero todavía me esperaba un último acontecimiento igualmente desconcertante, muy en la tónica de los anteriores, por lo demás. En la micro de regreso a mi casa, habitualmente vacía puesto que en ese horario la mayoría de la gente se desplaza en sentido contrario, tomé asiento al lado de una ventana y cerca de la puerta trasera. Estando próximo a bajarme, me moví al puesto que daba al pasillo, también libre, y fue en ese segundo que se me plantó delante un joven de unos veintisiete, esta vez muy parecido a Huidobro, aquel pijecito insoportable que hasta el año pasado cursaba sociología (usted lo conoce, este año pronunció el discurso de bienvenida a los alumnos nuevos y habla en el spot televisivo de la universidad). El aparecido indicó algo con la mano al tiempo que pronunciaba un monosílabo incomprensible, con lo que supuse que me pedía ocupar el asiento que yo acababa de dejar. Retiré un poco el cuerpo y recogí los pies cuanto pude. “No”, y entonces la voz se le volvió del todo inteligible: “este de aquí, si no le importa”. Me paré instintivamente, pensando más en una huida de tanta imprudencia junta que en un justo alegato por la misma. Miré hacia fuera y comprobé inquieto que nos acercábamos a la esquina donde está mi paradero. Toqué el timbre y bajé, no sin antes musitar: “Estos chiquillos de mierda se creen dueños del mundo”. Si es que me oyó, el aludido fingió no hacerlo.

En estas líneas no estoy queriendo confesarle un delirio paranoide según el cual todo el mundo me echa de donde con todo derecho merezco estar. Simplemente pretendo hacerle saber que, dadas las circunstancias actuales, todas aquellas contrariedades propias de la cotidianidad, por pequeñas e insignificantes que sean, con su ausencia se me están tornando insufribles. Usted, usando ese lenguaje nuevo que raya en la siutiquería, opinará de mí como “un hablante cuyo discurso, generoso en barroquismos, tiene como objetivo persuadir a su receptor mediante una multiplicidad de figuras retóricas, entre las que destacan las frases hiperbólicas”, y okey, tal vez exagero. Aún así, ¿qué otra cosa puedo hacer más que manifestarle la preocupación que en realidad me nace? Le escribo desde el correo de Jaime —el mío se niega a funcionar— y sentado en el escritorio de Raúl, quien sabe lo nuestro y me ha dicho, riendo despectivo, que ayer la vio a usted marchándose en una moto junto a un muchachito de pelo claro. Aunque sé que no es cierto, me asusta pensar que, por algún otro motivo, puedo perderla de la noche a la mañana.

¿Qué me diría si formalizamos de una vez este asunto? Si acepta, me haría el hombre más feliz de la galaxia. De cualquier manera, no lo tome como una presión, sino como una propuesta de quien más la ama.

Respóndame, no sea cruel. Mi teléfono va a estar encendido y con volumen durante todo el fin de semana por si usted quiere llamarme. Ahora tengo que irme, el jefe de carrera me ha dicho que quiere tratar conmigo un cambio muy importante dentro del departamento para el próximo año. ¿Iré a ser el próximo decano? De ser buenas noticias, prometo contarle.

Otra cosa: no olvide estudiar para el lunes.

PARA AQUELLA EXTRAÑA

POR JUAN EDUARDO ERICES REYES*

...A quien recuerde esta escena
por favor decirme cuál era su nombre.

Era una extraña de carente simpatía,
pernoctaba en mi pecho sin mencionar palabra alguna
en la mañana no estaba, era una extraña para el día
volvía sólo por las noches secuestrada por la luna.

Era una extraña que en mi cama yacía
resbalaba bajo mi cuerpo como el océano a la espuma,
se quedaba un rato de espaldas mientras yo dormía,
no le conocí más ropa que su piel desnuda.

Era una extraña que en mis brazos vivía
se unía a mi aliento bajo el baile de la bruma.
Ignoro cuál es su hogar mientras sea de día,
mas sé que mi cama era su reino al estar a oscuras.

Era una extraña que en mi historia escribía
cómo a eso de las tres me abrazaba con ternura,
era algo así como Dios y como tal me sometía
al dictamen soberano de su implacable cintura.

Era una extraña, pero extraña mía
alojó siempre en mi pecho sin mencionar palabra alguna,
jamás me importó su nombre ni por qué volvía
a inundar mi cama con su melancólica figura.

* Ganador de la categoría Poesía del I Concurso Literario Corren Las Palabras. Estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Correo electrónico: juanevstu@hotmail.com.